El lienzo del viento: El arte que habita en nuestras calles



Lectura comprensiva
para disfrutar y reflexionar

2

El lienzo del viento: El arte que habita en nuestras calles

> *" Es una alegría enorme estar acá compartiendo este Mes de adulto mayor con ustedes. Toda mi vida disfruté de la poesía en silencio, pero hoy me atreví a compartirla porque habla de nuestra identidad. Yo soy ranquel, vengo de padre ranquel, y para mí caminar Santa Rosa es caminar la tierra de mis mayores. Hoy quiero ponerle voz a esa nostalgia, al crecimiento de nuestra ciudad y a ese gigante que nos mira desde las alturas, el Hotel Calfucurá, que a los hijos de esta tierra nos recuerda siempre de dónde venimos."*

El sol de la tarde pampeana tiene una manera particular de teñir las cosas. No es una luz tenue, sino un resplandor dorado y vasto que baja desde el cielo infinito y rebota contra los paredones de **Santa Rosa**. En esta ciudad, donde el horizonte siempre parece recordarnos la inmensidad del paisaje, las calles han dejado de ser simples canales de cemento para convertirse en un museo vivo, latente y a cielo abierto. El arte aquí no se encierra entre cuatro paredes ni pide permiso; respira el mismo aire que nosotros, sopla con el viento del oeste y se funde con la rutina de quienes caminamos sus veredas.

Caminar por Santa Rosa es asistir a un diálogo constante entre el asfalto y el color. Hubo un tiempo en que las paredes de los baldíos, los costados de las vías del ferrocarril o los viejos galpones eran solo zonas grises, mudas. Hoy, gracias a las manos de artistas que entendieron que la ciudad es un lienzo colectivo, esos rincones gritan identidad. Un mural en una esquina cualquiera no es solo pintura: es una declaración de pertenencia. Allí se cruzan los rostros de nuestros pueblos originarios, la silueta calada de un caldén indomable que resiste la tormenta, y los ojos que guardan la memoria del agua y de este suelo sagrado.

Para quienes pasamos la barrera de los sesenta años, la infancia y la juventud tienen un punto de referencia absoluto, una silueta que recortó nuestro horizonte desde que éramos chicos: el monumental **Hotel Calfucurá**. Es imposible desligar nuestra propia nostalgia del crecimiento de Santa Rosa sin detenerse ante ese gigante de trece pisos que, desde fines de los años sesenta, se plantó en el centro como un centinela eterno. Crecer en estas calles fue aprender a levantar la vista por encima de los techos bajos y encontrar siempre la misma mirada grabada en las alturas. Cada vez que pasaba por esa esquina, mirar hacia arriba era un ritual inevitable.

Para mí, ese ritual tiene una raíz sagrada. Yo soy ranquel, vengo de padre ranquel, y en mis venas corre la historia viva de los pueblos originarios de esta pampa. Por eso, al mirar ese gran muro, la

sensación siempre fue diferente: sentía que alguien desde la inmensidad de la piedra me mirara fijo para decirme al oído, con la voz de mis ancestros: *«Esta es nuestra ciudad, yo te protejo mirando el horizonte»*. El arte urbano se convertía así en un puente de justicia y memoria, devolviéndonos el rostro de los verdaderos dueños de la llanura en pleno centro de la capital.

Ese arte que miramos durante tanto tiempo, esa imponente piel texturada que desafía al pampero, fue el fruto de un sueño que buscó unir la modernidad con nuestras raíces más profundas. Detrás de ese Cacique que custodia la Avenida San Martín se encuentra el talento del muralista **Abel Jorge Magnani**, quien diseñó la pintura original que le dio alma a la estructura. Pero llevar el arte a 22 metros de altura requería una proeza artesanal; fue el profesor de artes **José Domingo Laporta** quien tradujo esos trazos en miles de diminutos bloques de mosaico veneciano, armando un gigantesco rompecabezas. Al mirarlo hoy, con los ojos cargados de recuerdos, no vemos solo piedra y vidrio; vemos el latido de una Santa Rosa que creció a los pies de un coloso que nos cuidaba los pasos y honraba nuestra sangre.

La paleta de colores de nuestras calles tiene una vibración propia. No reniega del pardo y del verde seco del paisaje que nos rodea, pero desafía la aridez con explosiones de violetas, azules profundos y rojos encendidos. Es como si el arte callejero se propuiera compensar las sequías con ríos de color en las ochavas. En cada trazo de aerosol, en cada pincelada de látex de los nuevos murales que brotan en los barrios, se adivina el pulso de una juventud que quiere dejar huella, que grita sus verdades y que abraza las luchas sociales. Los poetas y músicos que musicalizaron nuestra pampa caminan con nosotros, inmortalizados en las texturas de la cal y el ladrillo, siguiendo el camino que abrieron aquellos pioneros del mosaico en altura.

Butaló, Villa Santillán, el barrio Fitte; cada rincón de nuestra geografía urbana es un escenario democrático donde el único requisito para ser espectador es ir con los ojos abiertos y el corazón dispuesto. El arte que habita nuestras calles no es estático ni se reduce a los muros. Es un concepto mucho más amplio, un eco que resuena en cada esquina. Arte es el pibe que hace malabares en el semáforo desafiendo la gravedad bajo el calor agobiante, la música que se escapa de los centros culturales independientes, el ensayo de una murga que hace temblar los adoquines y las estatuas vivientes que congelan el tiempo en la plaza San Martín.

Este fenómeno urbano transforma el espacio y transforma a la gente. Una esquina intervenida frena el olvido, invita al cuidado mutuo y genera una pausa obligatoria. El camionero que pasa rumbo al sur, el estudiante que camina hacia la universidad con los apuntes bajo el brazo, la trabajadora que regresa cansada al hogar; todos se cruzan con estas ventanas hacia la imaginación. Por unos segundos, el color interrumpe el automatismo diario, arranca una sonrisa o despierta una pregunta. Esa es la verdadera potencia de nuestra cultura callejera: su capacidad de humanizar el cemento, de recordarnos que detrás de cada infraestructura hay una comunidad viva, sensible y con memoria.

Cuando cae la noche y el viento pampeano refresca las veredas, las luces públicas proyectan sombras alargadas. La silueta del Hotel Calfucurá se recorta contra el cielo nocturno como un faro inamovible, mientras los murales de los barrios parecen cobrar vida propia en la penumbra. El arte urbano sabe que está expuesto a la lluvia, al sol y al desgaste del tiempo. Lejos de ser una debilidad, esa fragilidad es su mayor belleza: el arte en Santa Rosa está vivo porque muta, porque cicatriza y se renueva junto con sus habitantes. Una pared que hoy alberga un reclamo, mañana puede cobijar un paisaje abstracto, reflejando siempre el pulso exacto de nuestro momento histórico.

Nuestras calles hablan. No callan los dolores de la falta de agua, no ocultan las ausencias, pero tampoco dejan de festejar la alegría del encuentro y la inmensidad de nuestro cielo. Ser santarroseño es aprender a convivir con este despliegue visual que nos rodea y nos abraza. Desde la monumentalidad histórica tallada por Magnani y Laporta en el corazón del Calfucurá, que nos dio identidad y amparo durante más de medio siglo, hasta el grafiti más escondido en un barrio de la periferia, las paredes de Santa Rosa ya no aíslan a los vecinos; al contrario, los conectan a través de la belleza compartida. Porque mientras haya un artista dispuesto a tomar un pincel, una mirada nostálgica dispuesta a buscar las alturas y una comunidad que cuide ese trazo, nuestras calles seguirán siendo el testimonio más fiel de que la llanura no es un desierto vacío, sino un lienzo infinito donde la cultura, la historia originaria y la vida laten en cada rincón.

Maria Rosa Videla

Santa Rosa (La Pampa)